

I

ROCÍO



Había comenzado este viaje sin ganas. Hacía tan sólo tres meses que había vuelto de Buenos Aires y, entonces, Edgardo, tan solícito el pobre, se había empeñado en que en dos semanas se podía ver toda Argentina. También se puede ver toda Rusia, o toda Europa, puestos así, pero nadie hace semejante locura cuando las distancias entre ciudades o espacios naturales de enorme interés están apartados por centenares de inacabables kilómetros.

—El bueno de Edgardo —se dijo, rememorando un tono muy familiar, mientras esperaba el anuncio de embarque de su vuelo con Aerolíneas Argentinas.

Rocío esperaba que, esta vez, con reserva sólo para una semana, a Edgardo no se le ocurriera moverla de Buenos Aires, no porque esa enorme capital le gustase especialmente, sino porque necesitaba descansar. Haber terminado a la vez el curso y el libro

sobre la escultura floral de su padre con tanto apremio la dejó exhausta. Afortunadamente, apenas había tenido que viajar para sacar las fotografías de las esculturas en el emplazamiento exacto, dado que ya las tenía, pero le resultó agotador esa cadena de llamadas y correos electrónicos que tuvo que intercambiar con los ayuntamientos y mansiones privadas para comprobar que seguían en pie y en buen estado, o sea, que se había seguido exactamente las instrucciones de mantenimiento que dio su padre. Y no digamos todas esas invitaciones a las que había tenido que asistir en Andalucía para comprobarlo *in situ*, bien por deferencia o cortesía, bien por apetencia o simplemente por mandato de su padre, que no se fiaba de éste o aquel jardinero o propietario.

Al final, el trasiego de fin de semana o por las tardes al salir de sus clases hasta concluir definitivamente el libro no había resultado como ella esperaba. Ya que era inevitable, pretendía sacar el mayor provecho de estas obligadas conversaciones con alcaldes y acaudalados, de las visitas a jardines, ayuntamientos y mansiones; se lo había propuesto con la firmeza del que se propone dejar de fumar cuando enferma de los bronquios y luego, tras curarse, se olvida de sus sanas intenciones hasta que vuelve a recaer. Así que ese trasiego había sido un fracaso. Tanta gente mediocre, tanta conversación insulsa, tanta soberbia entre políticos la habían exasperado, y si siguió adelante fue sólo por devoción a Miguel Carranza, su padre. A cambio, se le agudizó la capacidad de dar la vuelta a una situación molesta y convertirla en

provechosa. Eso, al menos, le decía su padre tras el relato de cada salida y encuentro:

—Has estado soberbia. Si sigues así, Rocío, vas a acabar siendo una excelente diplomática. Bueno, excelente ya lo eres. Serás la perfecta diplomática. Sin que lo sepa mamá, te diré que últimamente no me gusta cómo está llevando las cosas. Se enfada con los clientes y hasta los insulta cuando discuten sobre el precio o el lugar exacto donde colocar mi próximo encargo. Siempre me digo que debías ser tú quien hiciera la negociación. Tienes un temple admirable y eso es básico, aunque tu madre me lo discuta. Ella cree que lo que hace falta es mano dura para tratar con esos bribones que no hacen más que regatear el precio. Yo le digo que no es mano dura, sino mano izquierda, lo que hace falta. ¡Y tú, mi niña, tienes tan buena mano izquierda!

—Alguna ventaja tenía que tener ser zurda, ¿no crees? Toda la vida sintiéndome rara por serlo y ya ves mi suerte: es precisamente mi buena mano izquierda lo que tú necesitas. ¡Ay, papá! Lo siento, pero no podría con el trabajo de ser tu secretaria, o tu representante, como quieras llamarlo. Me agotaría enseguida.

—No lo creo. Estás llevando a la perfección lo del libro para Edgardo. Él también lo cree así. Está seguro de que tu obra tendrá mucho éxito tanto en Argentina como en otros países de Sudamérica.

—¿Mi obra? Querrás decir *tu* obra, papá. Las esculturas son tuyas. Yo me limito a escribir sobre ellas.

—Pero lo que se venderá primero será tu libro. Luego espero que me lleguen encargos o reproducciones de mis esculturas. En esto, Edgardo también está seguro del éxito.

—El bueno de Edgardo, tan seguro de todo. Espero que no esté tan seguro del éxito de *nuestra obra* como de mis sentimientos hacia él. A veces creo que se imagina que me muero de ganas de estar a su lado.

—Y ¿no es así?

—Papá, créeme: como bromista no tienes precio. Nadie daría un duro por esta clase de chistes que haces.

Pensar en la absorbente compañía de Edgardo, que estaría esperándola en el aeropuerto, hacía más inapetente ese viaje. Rocío sonreía pensando en cómo iría vestido para la ocasión. Hasta su padre le había comentado lo mucho que se arreglaba este hombre (o, como él le llamaba, el bueno de Edgardo, que para Rocío significaba el pesado de Edgardo) cuando ella iba a estar presente. A ella le incomodaba esa forma de atención y Miguel Carranza se burlaba de su hija diciéndole las cosas que sabía que no soportaba ni aun en broma:

—Pero, hija, Edgardo es un buen partido. No sólo tendrías casa en Buenos Aires, donde vivirías como una reina; dispondrías, además, de un editor a tu servicio, si te entrase el gusanillo de la literatura, o de un gran contacto en Argentina, si lo que quieres es seguir pintando. Piensa también en todo ese inmenso campo pampero que tiene, con esos lindos animalitos, y...

—Papá, ¡basta! No me haces gracia. ¿Conoces a alguien más aburrido que él?

—¿Qué tal el marido de tu hermana?

Se rieron cómplices.

—La verdad, no sé qué ve en él la pobre Susa. ¿Te los imaginas...? —La risa no le dejó continuar la frase.

—Di lo que estás pensando.

—Creo que no puedo, papá.

—Yo creo que sí puedes y estás deseando decirlo.

—Es un poco fuerte hablar de esto con el padre de la susodicha, pero ¿te los imaginas en la cama? Antonio contará los segundos que tarda, o los que le faltan... “¡Aguanta, Susa, me faltan siete segundos para terminar!” O “Lo siento. Hoy me he corrido doce segundos antes que ayer”.

—No sigas, trasto. Me lo imagino.

—Es que, ¿a quién se le ocurre casarse con su banquero?

—A muchas, hija. Yo diría que casarse con un economista, que a la vez es su banquero, sigue siendo el sueño de muchas sevillanas.

—Está claro que yo tengo poco de sevillana. El que yo naciera en Salamanca me hace ser diferente. Quizá no sólo marcan nuestro destino la genética, el ambiente y la astrología, sino también la geografía donde uno nace por el simple hecho de haber nacido allí.

—Tú naciste con el Rocío. A ti te marcarán los amaneceres.

Los amaneceres la empapaban, y no sólo de rocío.

—Preferiría que me marcaran otras cosas.

Aunque no lo tuviera en cuenta, a Rocío le marcaban las personas que conocía y le marcaban los libros que leía, la música que escuchaba, la pintura, su padre, su trabajo, su trabajo, su trabajo.

Siempre había soñado con ser pintora, una gran pintora, al menos tan grande como su padre con la escultura. Cuando de niña comenzó a dibujar los bocetos de las obras que hacía su padre y éste le decía que sería una gran pintora, Rocío objetaba que simplemente dibujaba bien. Y esa negativa a aceptar su talento le cerró el camino que tanto había ansiado. En lugar de optar por Bellas Artes, se matriculó en la Facultad de Geografía e Historia para licenciarse en Historia del Arte. Había disfrutado con sus estudios, pero siempre sintió que se había cerrado una puerta. Su padre nunca se lo reprochó, ni siquiera lo consideró un error. Decía que era bueno tener un amplio conocimiento teórico de la historia del arte y que la práctica podría venir más tarde. O a la vez. Pero ésta nunca la adquirió porque, nada más terminar su carrera, Rocío comenzó a trabajar como profesora. Y el trabajo, compaginado con la ayuda a su padre, era extenuante. No había previsto lo poco que le iba a gustar dar clase, las tutorías, corregir exámenes, las reuniones de claustro y, en general, todo aquello relacionado con el ámbito escolar. Trabajo, trabajo, trabajo. Marcada por el trabajo.

Nunca renunció a pintar, sin embargo, el curso anterior había comenzado a hacerlo de forma habitual para complacer a su padre, quien le había pedido encarecidamente que realizase, no sólo los bocetos para su nueva colección, sino óleos o acuarelas con el acabado final. Se lo debía y lo hizo por él. Y fue gratificante sólo en parte. No era una simple cuestión de pintar flores de todos los tamaños, formas y colores, plantas decorativas de distinto follaje y verdor; previamente se había visto obligada a hacer un exhaustivo trabajo de campo, una incursión en el inabarcable reino vegetal. No todas las flores se dan bien en todos los sitios ni en todas las estaciones. Lo que era evidente en la naturaleza no lo era en el arte. De este modo, el cuadro que hizo recreando el jardín trasero de una vivienda que ella imaginaba como un *Ocaso estival* (así lo llamó), le pedía flores de la gama de los morados, e incluyó lilas, pensamientos, hortensias y petunias. A su padre le pareció precioso, pero impracticable.

—Este idílico jardín que has imaginado lo colgaré en mi estudio mirando al oeste. Pero no servirá como boceto. ¿Dónde has visto semejante profusión de hortensias en Sevilla? Necesitan humedad y poca temperatura. Y las lilas ¿desde cuándo se dan al final del verano? Son las flores primaverales por excelencia, flores de abril, y aunque estén perfectas en tu cuadro, nunca estarán presentes en el jardín junto a las demás. Cada flor a su tiempo. Como cada prenda de vestir.

—Es lo que siempre dije: que sé dibujar pero nunca seré una gran pintora. No sé si me sobra o me falta imaginación para ello.

—Te sobra. Lo que te falta es experiencia, práctica. Ya aprenderás.

Ya estaba aprendiendo. Recordaba ese primer cuadro que hizo por encargo de papá y aún no se creía que, siendo tan mayor, hubiera sido tan simplona. Pero de todo se aprende, y con el libro no sólo había aprendido a escribir, sino también a pintar. Había practicado en privado reproduciendo con acuarelas esas fotografías que incluía, imaginándoselas desde diferentes ángulos y perspectivas, con luces y sombras en otras posiciones, y le había satisfecho el resultado. Había pensado en regalarle ese bloc a su padre por su cumpleaños, que era inmediatamente después de su vuelta de Argentina.

El aviso de embarque la sacó de sus pensamientos y su número de asiento la situó justo al lado de un hombre que parecía ausente. Joven, afortunadamente.

Preveía que iba a ser un viaje inmensamente aburrido. Rocío se acomodó en su asiento sin aliciente y también sin aliciente se dedicó a observar al joven que tenía al lado.